



DON EDUARDO MARQUINA

# BOLETIN

DE LA

## REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

---

---

AÑO XXV.—TOMO XXV.—SEPTIEMBRE-DICIEMBRE. 1946.—CUAD. CXIX

---

---

### DON EDUARDO MARQUINA

---

En la *Teresa de Jesús*, del insigne compañero que acabamos de perder, dice un hidalgo de Avila hablando de la muerte:

y cuando el alma beata  
rompiendo el aire de plata  
busca su centro en la altura,  
morimos con la soltura  
de un nudo que se desata.

El lo decía refiriéndose a las virtudes místicas de aquel paisaje abulense que convida al desasimiento de lo humano; pero como, en definitiva, la virtud de ese suave morir no es cuestión de paisaje ni medio ambiente, sino cuestión interior de tranquilidad de conciencia y de madurez de ser, él ha visto ahora que también, con la soltura de un nudo que se desata, se puede morir en un hotel de Nueva York cuando, al llegar su momento, el corazón se para con el sosiego de un obrero que, a la hora de la tarde, siente que ha cumplido honradamente su tarea.

¿Qué tarea en este caso?... Dos capitulaciones de su obra, con ocasión de dos saludos, acostumbra a hacer la Academia para sus miembros. Una, al llegar, con sonora solemnidad de pública sesión. Otra, al irse, con sencilla intimidad de privada necrología: costumbre que parece regida por ese criterio muy austero y español de la vida, que prodiga sus alegrías para todos y reserva sus penas para sí.

En el caso de Eduardo Marquina, el Duque de Maura cumplió aquel público y alegre deber, y yo cumplo ahora el privado deber triste; de este modo, si la Historia le recibió al llegar, al salir va a despedirle la Poesía, como dándole guardia de honor en ambas puertas de la Academia los dos grandes elementos que compusieron toda su obra.

Sin embargo, con haber sido la vida de nuestro compañero en la Academia relativamente corta, hay entre los escenarios y ambientes de uno y otro saludo —el de la Historia y el de la Poesía— notable diferencia.

La Historia, por la boca sobria y lapidaria del Duque de Maura, saludó a Marquina en días de guerra, cuando tenía esta Academia un aire provisional y trashumante: le saludó entre los muros del palacio de San Telmo, de San Sebastián, agigantados por el sentido épico de los pinceles de José María Sert, en una sesión en la que el puñado de académicos que allí estábamos teníamos sobre nuestros pechos unas provisionales medallas de metal. El Duque, a ritmo con las circunstancias, hizo también un discurso de metal: sobrio, conciso, exacto, citando al nuevo compañero a juicio más ante el tribunal de la Patria que ante el tribunal del Arte, y aprobándole, al fin, con severidad de historiador, casi tanto como su obra, su conducta; de tal manera que cuando, como resumiendo la ceremonia, yo le colgaba la medalla al cuello, me parecía que le condecoraba en campo de batalla, y que, luego, más que entregarle un diploma de recibimiento en la Academia, le entregaba un diploma de veteranía en el patriotismo y en la hispanidad.

Todo el discurso de Maura estuvo, en efecto, regido por la preocupación de dejar bien en claro esa trayectoria fundamental y esquemática de la obra de Marquina como *Gesta Dei per Hispanos*. Maura nos lo mostró, primero, naciendo a las Letras en aquel “blasfemadero público” que fué el Ateneo, en frase de Menéndez y Pelayo, entre las turbiedades escépticas y las apostasías extranjerizantes de la hora; le ve, luego, superar esto, y después de recibir en Roncesvalles, con ocasión de una cura de reposo para el cuerpo que le valió también para el alma, el traumatismo de una especie de “camino de Damasco” de su sentido

hispánico, le ve entregarse a la pasión de España y dedicar todo el resto de su vida a escribir su epopeya.

Sino que la epopeya, voz de las edades niñas, ha de disimular su ingenuidad, para traspasarse a otras generaciones adultas; y para ser oída en épocas más críticas, Homero ha de disfrazarse de novelista con Dostoyewski o Rudyard Kipling, de poeta lírico con Herrera o Carducci, o de dramaturgo con Lope, con Schiller o con Marquina.

De este modo las comedias de Marquina vienen a ser las monumentales estrofas de un total poema hispánico que va desde la hora constructiva de España con las *Hijas del Cid* y los momentos contiguos de su postración y su levantamiento con el Enrique IV de *Doña María la Brava* y la Isabel de las *Flores de Aragón*, pasando por la exaltación de las máximas figuras hispánicas en lo divino y lo humano de la hora de nuestra plenitud, con la Teresa de Jesús y el Lope de la *Dorotea*, hasta declinar en los dos dramas vespertinos: *En Flandes se ha puesto el Sol*, que es el drama del crepúsculo de un Imperio físico, y *Por los pecados del Rey*, que es el drama del crepúsculo de un Imperio moral.

Y aquí se para la Epopeya marquiniana. ¿Es que, ganado por el pesimismo de la generación en que nació, Marquina se va a quedar, también, cantando tristezas frente a aquellos crepúsculos españoles?

Maura, en la ocasión de su saludo —ocasión en todo estimulante y optimista— esperaba que no. Dios —piensa él— alargó la vida al poeta hasta aquel instante de recobro de España, y el poeta va a tener materiales para reanudar su epopeya. Efectivamente, Marquina ha vuelto de América, donde le sorprendió el Alzamiento, trayendo su drama *La Santa Hermandad*, con el que, sin desprenderse aún de la Historia, pero mirando ya al presente con diáfana alusión, canta el recobro de un pueblo, que, en plena voluntad de servicio, ajusta su paso a aquel estribillo generoso:

Nada para mí.  
Nada para vos.

Todo para España  
y ella para Dios.

Luego, llegado a España, se ofrece en un total derroche de juglaría al calendario cívico y es el poeta consecuente de toda fiesta del Idioma, de la Raza, de la Victoria; la voz del centenario o del homenaje, a los que va entregando esas piezas líricas que son casi balbuceos de epopeya. Frente a su Cataluña recordada, con voz directa y directa emoción, canta:

No quede rastro en ti ni subsista una sola  
de las taras de Rusia en tu fibra cristiana.  
Vuelve a ser toda tú catalana  
y serás, otra vez, totalmente española.

Pero nada más. El gran poema, o el gran drama, que acaso le cantaba en el alma, donde el Sol que se puso en Flandes volviera a salir por Marruecos o Navarra, no llegó a escribirlo... Estaba demasiado cerca y encima de los hechos. Vivía —vivimos todavía— el momento de seno y depresión que sigue al empenachado auparse de la ola. Había ya voces impuras que trastocaban los términos del cantarillo de su "Santa Hermandad" y decían:

Todo para mí;  
nada para vos...

Los hechos por grandes que sean, como los hombres, necesitan morir un poco y alejarse para que la impureza de la realidad decante en esos cuatro o cinco rasgos esenciales que, por cima de todo y a pesar de todo, forman su definitiva y lapidaria grandeza ante la Historia; y es preciso que se acalle la fertilidad contemporánea de las tertulias para que se pueda redactar la sobriedad eterna de las lápidas.

De este modo el historiador dejó liberado al poeta de lo más obvio y evidente: del elogio de Marquina como poeta civil de España, y le ha entregado al poeta, un Marquina listo, por tanto, para el enfoque más total, maduro y humano que requiere esta hora en que la Academia, ya en su sede propia, tiene sobre su

pecho, no el metal de una provisionalidad bélica, sino el oro de una pacífica y serena continuidad.

El esquema de pecado y conversión, trazado por Maura en su discurso, es confirmado por el mismo poeta en las páginas conmovedoras que pone de prólogo a sus *Obras completas*.

Todo ese prólogo está redactado sobre un sostenido símil ascético. Hay para el poeta un "pecado original" que nace con él, mezclado a su sustancia; que le viene de fuera con el ambiente de la hora. El vivió ese pecado, hasta que un día —"en medio del camino de la vida", como Dante— en la hora de Roncesvalles que Maura dijo, siente la interna sacudida y se yergue para decirle a su hijo, y con su hijo a toda la generación que lo sigue:

Tú que obrarás con tus manos tu suerte  
bajo el arco triunfal de la plaza,  
¡maldíceme si llego a la muerte  
sin entonar un canto de raza!

Pero el hijo no tuvo que maldecirlo. Canto a la raza fué, desde entonces, su obra toda; y las *Obras completas* que van a seguir a ese prólogo son —dice él, estirando el símil ascético— como la confesión general de su pecado con su propósito de la enmienda y su contrición.

La confesión de su humildad, como veis, coincide con el juicio del historiador preocupado de los valores civiles... Ahora dejad que la Poesía, en esta hora más madura, en este umbral de despedida, cuando no nos exalta ya, de frente, la llegada de un escritor insigne, sino que nos duele, por allá, por mi derecha, el vacío y la cicatriz de una amistosa convivencia rota, dejad, digo, que la Poesía intente un juicio de mayor unidad, en que os diga que lo que salvó en definitiva la obra épica y española de Marquina, lo que hace que sus dramas y aun sus odas de ocasiones jubilares, tan "encargadas", y discursivas muchas veces, no sean pura ideología, sino poesía auténtica, es precisamente lo que traspasó a esa que él llamó la hora de conversión de esa otra que él llama la hora de su pecado; lo que traspasó de uno a otro capítulo de su vida, dándole eje y continuidad; porque, al fin y al cabo, para cumplirse toda auténtica conver-

sión, ha de andar medio camino la Gracia viniendo al encuentro de la Naturaleza, pero el otro medio ha de andarlo la Naturaleza yendo al encuentro de la Gracia.

¿Cuál era, efectivamente, el pecado de que Marquina se acusa?

El propio Marquina, con poco compromiso de precisión doctrinal, le llama de un modo genérico "liberalismo", y le define como un gran pecado de soberbia, en que incurrió su generación: un pecado de autosuficiencia de cada ser, eco del "seréis como dioses" de la serpiente. Al hombre se le dijo: "seréis libres", os bastaréis a vosotros mismos sin coacciones metafísicas ni limitaciones de Estado. El cree que cayó plenamente en ese pecado. A los pueblos se les dijo: "Seréis independientes": ése es el silbo que el mar les dice a las ciudades excéntricas, periféricas; el silbo que Lisboa oyó un día y que Barcelona estuvo a punto de oír. El cree que apenas rozó ese pecado...

Pero él no era sólo hombre, no era sólo catalán: él era, sobre todo, Poeta. Y el poeta tuvo también, en aquella hora, su silbo de serpiente, su consigna de orgullo: "Seréis como ángeles"; haréis una poesía deshumanizada, con preterición absoluta del objeto, como dijo Mallarmé, más allá de la idea y de las cosas reales. Este es el pecado en que Marquina no cayó. Y el poeta, al salvarse, salvó al catalán y salvó al hombre.

La Poesía, rendida a ese silbo tentador, venía viviendo en pleno pecado de angelismo. "Los ángeles —como he escrito alguna vez— cayeron por querer ser como dioses; ahora los hombres caían por querer ser como ángeles; por querer entender directamente, sin intermedio de ideas ni de especies sensibles, empuño que por ser, a fuerza de puro, angélico, acaba siendo, a fuerza de orgulloso, satánico; porque el satanismo es el castigo paradójico y caricaturesco de toda ambición excesiva. Los ángeles quisieron ser superángeles y acabaron en diablos. Ahora el hombre quiso ser superhombre y acabó en "pobre diablo" de camisa abierta y pelo ondulado."

Este es el pecado en que Marquina no cayó. Le salvaron, al fin, otros valores éticos y religiosos... Pero, en su juventud, le salvó antes que nada el Mediterráneo. Cantaba en una de sus *Odas juveniles*:

La tierra es toda vida  
 y el mar es todo amor.  
 En el mar hay escondida  
 una fuerza más grande que la vida:  
 la tierra es criatura y el mar es creador.

Y ¿cuál es la sustancia de ese elemento macho, creador?

... el mar es elemento  
 hermano del pensamiento  
 y lecho azul de la imaginación.

¡“Hermano del pensamiento”!... Marquina viviría ahora toda la curva de pecado y conversión que queráis; pero no le abandonará ya nunca, traspasado de uno a otro capítulo de su vida, ese luminoso sentido mediterráneo de sus *Odas*, y *Eglogas* y *Vendimiones* primeros, que le salvaran por una primacía de lo intelectual.

Es cierto que, un día, siguiendo la trayectoria de su generación, en la primera página de *Las Hijas del Cid*, la “obra de su conversión”, según él, escribe una vibrante dedicatoria a la memoria de los héroes muertos en “honor y loor” de la “vieja Castilla”. Ha cubierto el camino de los hombres de su generación. Ha ido en busca del Cid y de Castilla, como Unamuno, el vasco, en busca de Salamanca; como “Azorín”, el levantino, en busca de los pueblecitos de la Mancha; como Machado, el andaluz, en busca de los páramos de Soria. Tuvo aquella hora, a cambio de otros defectos, un estremecido sentido de la totalidad de la nación; y si la meseta salvó entonces el sentido metafísico de España, fué injertándolo en el sentido estético de la periferia.

Hasta nuestros días conservaron ese sentido total los hombres de aquella hora. En el espacio de una quincena, en este mes de Animas, triste para España, han muerto dos casi contemporáneos insignes: Falla, el andaluz, el gaditano, muere soñando en poner música al poema catalán de la *Atlántida* de Verdaguer; Marquina, el catalán, el mediterráneo, soñando en llevar al teatro la gesta de andaluces y extremeños en Colombia. ¡Dos sueños gemelos e irrealizados!... Gemelos porque el día



en que el acento catalán de Marquina hubiera roto a cantar esa gesta occidental colombiana, hubiera sido hermano del día en que las estrofas de Verdaguer hubieran cabalgado sobre los ritmos béticos de Falla, mientras que su batuta, al trazar sobre el atril la cruz inicial de su dirección sinfónica, hubiera sido como una sombra lejana de la cruz que en Granada selló la unidad de la Nación.

Pero para que este sentido de unidad rindiera plenamente su fruto era preciso que cada uno llevara hasta el final del trayecto su plenitud inicial. Falla tenía que llegar a Cataluña con su plenitud gaditana y Marquina hasta Colombia con su plenitud mediterránea... Y así fué: aunque las apariencias externas lo ocultaran un poco. No suena, efectivamente, en los restantes versos de Marquina, atraído totalmente por los temas castellanos, el oleaje de Mediterráneo que meció sus *Odas* juveniles. ¿Hemos de considerarle, por eso, incurso en esa especie de traición al Mar que se ha hablado, en nuestras Letras? ¿Hemos de colocarle en esa línea central y absorbente de nuestra Poesía por la que, en el *Poema del Cid*, el héroe llega hasta el Mar, en Valencia, sin que se oiga en los versos el rumor de sus olas; por las que el tópico horaciano de la reprobación del primero que se aventuró a navegar es lugar común del abstencionismo burgués del XVII, en Góngora o los Argensolas; por la que el más épico de nuestros líricos hace del mar mera peana literaria de la gloria de Lepanto, al cantar al "*Señor que en la llanura*", etc.; no encontrando para expresar aquella inmensidad líquida mejor palabra que ésa: *llanura*, la más seca y cortijera de nuestro léxico?

No. Marquina no está injertado en esa línea. Marquina llega a Castilla sin desposeerse de su sentido mediterráneo, sintiéndola, según frase de Sáinz de Robles, "en catalán", o sea "bajo especie de universalidad".

Cuando se encontró con Castilla, y se enamoró de ella, pudo decir, como de la Amada, en su primer encuentro:

Desperté al Amor  
y en las claridades de mi despertar,  
me causó placer, me causó dolor:

y de aquel suplicio remunerador  
con el entender me vino el gozar.

Gozó a Castilla, pero más que con un estremecimiento místico con una luminosidad de buen entendedor.

Parece como que se quedara siempre un poco fuera de sus temas y tuviera a flor de labios la moraleja en bastardilla o el comentario marginal.

¡Esta es Castilla, que hace  
a los hombres y los gasta!

dice Doña María la Brava como resumiendo todo el sentido del suplicio de Don Alvaro de Luna.

¡Llora, pobre engendro, llora  
por los pecados del Rey!

dice el propio Felipe IV a Mari Bárbola como entendiendo la trascendencia histórica de su íntima quiebra moral; y el protagonista del *Flandes* recita aquel verso máximo de la objetividad y de la identificación extrema de la figura y su significado:

España y yo somos así, señora.

Esto es lo que da a su obra ese sentido de distancia comprensiva, y esto lo que le da su plena objetividad épica. Porque la épica no revela intimidades como la lírica, sino que señala exterioridades; y cuando el romancero viejo dice:

Llegado se ha el buen Infante  
a Monzón, esa ciudade,

parece que el juglar señala con un puntero "esa ciudad" de Monzón que está allí, fuera, representada en un retablo con musgo y corcho, del mismo modo que cuando Marquina señala a Castilla y a Felipe IV y a Don Alvaro de Luna, parece que estuvieran representados en un grande e imponente retablo sereno, a cuyo margen él, perfecto juglar, en plena objetividad épica, con-

serva toda su mediterránea serenidad y juzga con toda la lucidez de un pleno y apasionado *intelecto de amor*.

Por eso, aunque un poco oculta por tanto laurel épico, acaso la vena más perfecta de su obra, y acaso la más española, está en aquella veta de comedias populares, a la que traspasa el humanismo de su hora primera que acaso él creyó más pecaminoso de lo que en realidad fué.

*La Ermita, la Fuente y el Río, Fruto escondido, - Salvadora, El pobrecito carpintero*: en esos poemas del amor y la misericordia, el perdón y la bondad, donde el hombre español, barro del pueblo, aparece en su más pura verdad inespecial y sobrehistórica, es donde está la quintaesencia del españolismo de Marquina.

Yo doy cien evocaciones sonoras de Lepantos y de Cides por solos aquellos versos en que José, el "pobrecito carpintero", cuando al zaherirle a la mujer que es su desgracia y decirle:

No la deseo mal,  
pero no la quiero porque es tu dolor,

responde vivamente, que ella es

... mi herencia filial,  
¡la cicatriz que hay en todo mortal  
de las heridas de su Redentor!

Ya aquí no hay paisaje ni historia; ya aquí, sin intermedio alguno de lugar ni tiempo, está el hombre español frente a frente a Dios.

Y ésta es la cima hispánica de la obra de Marquina, porque el gran sentido metafísico y católico de todas las glorias pretéritas que él evocó, no sería auténtico si lo que hubiera de salvar y definir a España, en última instancia, no fuera esa realidad entrañable, sustancia de esas glorias, que es:

la cicatriz que hay en todo mortal  
de las heridas de su Redentor;

esa cicatriz que supura misericordia y perdón, y amor y caridad; porque si, como decía Pero Crespo, no hubiera un capitán

si no hubiera un labrador, tampoco habría un Cid si no hubiera un "pobrecito carpintero".

Este es el último y definitivo Marquina que ha dejado su hueco humano, además de su vacante académica, allá, por aquellos sillones de la derecha, donde tantas veces oímos el susurro antirreglamentario de su exuberante acento catalán.

Hombre entero, como hijo de la más humana de las civilizaciones, fué de la progenie de las criaturas de la Luz: como Goethe, que con la pluma húmeda del último verso de *Fausto*, redactaba las ordenanzas del servicio de incendios de Weimar, cantaba y vivía en pleno equilibrio.

Yo fuí el último que le vi, en el muelle de Cádiz, cuando marchaba, como embajador extraordinario, para Colombia. Seguramente lo último que escribió en España fueron unos versos que improvisó en el libro de visitas de un ventorrillo popular, donde le obsequiamos con una fiesta íntima, y que hablaban de vino, cante y alegría, despidiéndose así de la Poesía con el mismo sentido dionisiaco y vital con que la comenzara un día.

Luego, yo le vi alejarse del muelle, en el barco, tranquilo, satisfecho, como si fuera musitando aquella rendición de cuentas que el historiador ponía en sus labios al recibirlo en esta casa: Fuí un hombre del 98 y no perdí jamás la fe en España; fuí catalán y sentí la totalidad de la Patria; fuí poeta y canté el Amor y la Bondad; fuí hombre y sentí en mí las heridas de la Redención... Por eso, al llegar la hora, el corazón se me paró en un hotel de Nueva York, con el sosiego de un obrero que ha cumplido su tarea, porque

cuando ya el alma beata  
rompiendo el aire de plata  
busca su centro en la altura,  
morimos con la soltura  
de un nudo que se desata.

JOSÉ MARÍA PEMÁN.